



Ririro

LEE DONDE QUIERAS, CUANDO QUIERAS

La pequeña Gretchen y el zapato de madera en la mañana de Navidad

Elizabeth Harrison

Érase una vez, hace mucho tiempo, muy lejos, al otro lado del gran océano, en un país llamado Alemania, una pequeña cabaña de troncos al borde de un gran bosque, cuyos pinos se extendían kilómetros y kilómetros hacia el norte. Esta casita, hecha de pesados troncos, sólo tenía una habitación. Una tosca puerta de pino daba entrada a esta habitación, y había una pequeña ventana cuadrada. En la parte trasera de la casa había una chimenea de piedra a la antigua usanza, de la que en invierno salía un humo fino y azul, que indicaba que no había mucho fuego en el interior.

Por pequeña que fuera la casa, era suficientemente grande para las dos personas que vivían en ella. Hoy quiero contarles una historia sobre estas dos personas. Una de ellas era una anciana canosa, tan vieja que los niños pequeños del pueblo, a casi media milla de distancia, se preguntaban a menudo si había venido al mundo con las enormes montañas y los pinos gigantes. Su rostro estaba cubierto de profundas arrugas. Ninguno de ellos le tenía miedo, pues su sonrisa era siempre alegre, y tenía palabras amables para cada uno de ellos si se la encontraban en su camino de ida y vuelta a la aldea. Con esta anciana vivía una niña muy pequeña. Era tan luminosa y alegre que los viajeros que pasaban junto a la solitaria casita, al borde del bosque, a menudo pensaban en un rayo de sol al verla. Estas dos personas eran conocidas en el pueblo como la Abuela Buenaño y la pequeña Gretchen.

Había llegado el invierno. Gretchen y su abuela se levantaban al amanecer cada mañana. Tras su sencillo desayuno de avena, Gretchen corría al pequeño armario y buscaba el viejo chal de lana de la abuela. Después de sujetarlo cuidadosamente bajo la barbilla de la abuela, le daba un beso de despedida y la abuela se ponía en marcha para su trabajo matutino en el bosque. No era más que recoger ramas y ramitas que los vientos otoñales y las heladas invernales habían arrojado al suelo. Después iba al mercado del pueblo. Allí vendía las ramitas a la gente. A veces sólo ganaba unos peniques al día, y otras veces una docena o más, pero con ese dinero la pequeña Gretchen y ella se las arreglaban para vivir; tenían su casa, y el bosque les proporcionaba amablemente la leña para el fuego que las mantenía calientes en invierno.

A veces, cuando hacía buen tiempo, la abuela dejaba que la pequeña Gretchen la acompañara. Uno de estos viajes al pueblo se produjo justo la semana antes de Navidad, y los ojos de Gretchen se deleitaron al ver los preciosos árboles de Navidad que lucían en el escaparate de la tienda del pueblo. Le parecía que nunca se cansaría de mirar las muñecas de punto, los corderitos de lana y todas las demás cosas bonitas. Nunca había tenido un juguete en toda su vida; por eso, juguetes que a ti y a mí nos parecerían insignificantes, le parecían muy bonitos.



Aquella noche, cuando terminaron de cenar patatas asadas y la pequeña Gretchen hubo recogido los platos y barrido la chimenea, como la abuelita estaba tan cansada, trajo su pequeño taburete de madera, lo colocó muy cerca de los pies de la abuelita y se sentó en él, cruzando las manos sobre el regazo. La abuela sabía que eso significaba que quería que le contaran algo.



—Abuela —dijo Gretchen lentamente—, ya casi es Navidad, ¿verdad?

—Sí, cariño, sólo faltan cinco días —dijo la Abuela y suspiró; pero la pequeña Gretchen estaba tan contenta que no se dio cuenta del suspiro de la Abuela.

—Abuela, ¿qué crees que me regalarán esta Navidad? —dijo mirando ansiosamente a la Abuela.

—Ah, niña, niña —dijo la Abuela, sacudiendo la cabeza—, no tendrás Navidad este año. Somos demasiado pobres para eso.

—Pero Abuela —interrumpió la pequeña Gretchen—, piensa en todos los bonitos juguetes que hemos visto hoy en el pueblo. Seguro que Santa Claus ha enviado suficientes para todos los niños.

—Ah, querida, esos juguetes son para gente que puede pagarlos, y nosotros no tenemos dinero para gastar en juguetes de Navidad.

—Bueno, Abuela —dijo Gretchen—, tal vez algunos de los niños que viven en la gran casa de la colina, al otro extremo del pueblo, estén dispuestos a compartir algunos de sus juguetes conmigo. Estarán encantados de darle alguno a una niña que no tiene ninguno.

—Querida niña, querida niña —dijo la Abuela inclinándose hacia adelante y acariciando el suave y brillante cabello de la pequeña—, tu corazón está lleno de amor. Estarías encantada de llevar una Navidad a todos los niños; pero tienen la cabeza tan llena de lo que van a recibir que se olvidan de todos los demás, excepto de sí mismos —luego suspiró y sacudió la cabeza.

—Bueno, Abuela —dijo Gretchen, con un tono de voz alegre y radiante que iba perdiendo un poco de alegría—, tal vez el querido Santa Claus les enseñe a algunos de los niños del pueblo a hacer regalos que no cuesten dinero, y alguno de ellos me sorprenda la mañana de Navidad con un regalo. Y, abuelita, querida —añadió levantándose de un salto de su taburete—, ¿no puedo recoger algunas ramas de pino y llevárselas al viejo enfermo que vive en la casa junto al molino, para que pueda tener el dulce aroma de nuestro bosque en su habitación todo el día de Navidad?

—Sí, cariño —dijo la Abuela—, puedes hacer lo que puedas para que la Navidad sea brillante y feliz, pero no debes esperar ningún regalo para ti.

La Abuela suspiró mientras apenas susurraba.

—¡Pobre niña, pobre niña!— pero Gretchen echó los brazos al cuello de la abuela y le dio un beso efusivo. Luego bailó por toda la habitación, haciendo girar sus falditas para mostrarle a la abuela cómo el viento había hecho bailar la nieve aquel día. Su aspecto era tan alegre y divertido que la abuela se olvidó de sus preocupaciones y se rio con la pequeña Gretchen de su nuevo baile sobre la nieve.

Pasaron los días y llegó la mañana anterior a Nochebuena. Gretchen se fue al bosque, cantando una canción parecida a la de los pájaros, casi tan feliz y libre como ellos mismos. Aquel día estaba muy ocupada preparando una sorpresa para la abuela. Primero, sin embargo, recogió las ramas de pino más bonitas a su alcance para llevárselas a la mañana siguiente al viejo enfermo que vivía junto al molino.

El día fue demasiado corto para la feliz niña. Aquella noche, cuando la abuelita llegó a casa con paso cansado, encontró el marco de la puerta cubierto de ramas verdes de pino.

—¡Es para darte la bienvenida, Abuela! —gritó Gretchen—. Nuestra querida casa quería darte la bienvenida a la Navidad. ¿No lo ves? Las ramas del árbol de hoja perenne hacen que parezca que sonrío por todas partes, y está tratando de decir: “Feliz Navidad para ti, abuelita”.

La abuela rio y besó a la niña mientras abrían la puerta y entraban juntas. Gretchen reía, daba palmas y bailaba, hasta que la casa pareció llena de música para la pobre y cansada abuela, cuyo corazón se había entristecido de camino

hacia su casa aquella noche, pensando en la desilusión que le esperaba a la cariñosa y pequeña Gretchen a la mañana siguiente.

Cuando Gretchen se fue a la cama aquella noche, dijo:

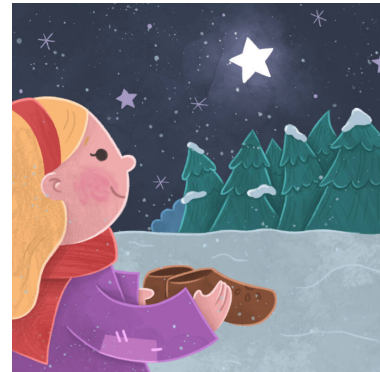
—Abuela, ¿no crees que alguien en todo este ancho mundo pensará en nosotros esta noche?

—Gretchen, no creo que nadie lo haga.

—Bueno —dijo Gretchen—, solo para asegurarnos de que no nos falta ningún regalo, pondré nuestros zapatos de madera junto a la puerta, tal vez Santa Claus ponga algo en ellos.

—Tonta, tonta, niña —dijo la abuela—, sólo te estás preparando para una decepción. Mañana por la mañana no habrá nada en el zapato. Eso te lo puedo decir ahora.

Gretchen salió fuera con los zapatos, y en aquel momento un viento áspero pasó barriendo junto a la niña, susurrándole algo que ella no pudo entender, y luego se precipitó de repente sobre las nubes de nieve y las separó, de modo que apareció más allá el profundo y misterioso cielo, y brillando en medio de él la estrella favorita de Gretchen.



—¡Ah, estrellita! —dijo la niña, riendo en voz alta—. Sabía que estabas allí, aunque no podía verte. ¿Susurrarás a los ángeles de Navidad cuando pasen que la pequeña Gretchen desea mucho tener un regalo de Navidad mañana por la mañana?

A la mañana siguiente, muy temprano, incluso antes de que saliera el sol, la pequeña Gretchen se despertó por el sonido de una dulce música que llegaba del pueblo. Escuchó un momento y supo que los niños del coro estaban cantando villancicos al aire libre en la calle del pueblo. Saltó de la cama y empezó a vestirse lo más deprisa posible, cantando mientras se vestía. Mientras la abuela se ponía lentamente la ropa, la pequeña Gretchen, cuando terminó de vestirse, corrió la puerta y se apresuró a salir para ver qué habían dejado los ángeles de Navidad en el viejo zapato de madera.

La nieve blanca lo cubría todo: árboles, troncos, carreteras y pastos, hasta que el mundo entero parecía el país de las hadas. Gretchen salió a ver si había algo en el zapato.

—¡Ay, Abuela, Abuela! —exclamó—. ¡No creías que los ángeles de Navidad pensarían en nosotros, pero mira, lo han hecho, lo han hecho! Aquí tienes un pajarito acurrucado en la punta de tu zapato. ¿No es precioso?



La Abuela se acercó y miró lo que la niña sostenía amorosamente en la mano. Allí vio un diminuto polluelo, cuya ala se había roto evidentemente por los vientos ásperos y bulliciosos de la noche anterior, y que se había refugiado en la punta segura y seca del viejo zapato de madera. Suavemente le quitó el pajarillo de las manos a Gretchen y le ató hábilmente el ala rota al costado, para que no tuviera que hacerse daño intentando volar con ella. Luego le enseñó a Gretchen a hacer un nido calentito para el pajarito, cerca del fuego, y cuando estuvo listo el desayuno, dejó que Gretchen alimentara al pajarito con unas migas húmedas.

Más tarde, Gretchen llevó las ramas verdes y frescas al viejo enfermo del molino y, de camino a casa, se detuvo a disfrutar de los juguetes de Navidad de otros niños que conocía, sin desear ni una sola vez que fueran suyos. Aquella noche, cuando la abuela y ella se preparaban para acostarse, Gretchen rodeó suavemente el cuello de la abuela con los brazos y le susurró:

—Qué bonita Navidad hemos pasado hoy, abuela. ¿Hay algo más bonito en el mundo que la Navidad?

—No, mi niña —dijo la Abuela—, no para corazones tan amorosos como el tuyo.

Los cuentos nos ayudan a explorar culturas, aprender lecciones morales, conectar con la naturaleza — o simplemente divertirnos. Por eso ririro.com ofrece más de 3.000 cuentos gratuitos — cuentos de hadas, fábulas, cuentos para dormir, mitos y mucho más — para todas las edades, en 13 idiomas, con PDF imprimibles gratis y a menudo audio. Leer debería ser un derecho, no un privilegio. Comparte ririro.com y difunde la alegría de leer.

Instagram: [@ririro_reading](https://www.instagram.com/ririro_reading) · Pinterest: [pinterest.com/ririrocom](https://www.pinterest.com/ririrocom)